

## EL CLUB DE LOS POETAS LAUREADOS (III)

### 1

Volvamos al análisis de algunos de los mejores poemas publicados desde Machado, Lorca y Juan Ramón Jiménez. En uno de ellos el poeta nos habla de sus gustos musicales. Aquí está su canción preferida:

No tiene título,  
ni letra,  
por no tener  
no tiene ni música,  
solo compositora.

Y termina con este verso, hermoso piropo, y que, sin duda, haría llorar de emoción a cualquier niña, muchacha o mujer:

Cuando apareces tú  
suena.

¿Hay algo más bonito? La niña, muchacha o mujer es, si ustedes no lo han advertido ya, la canción insonora que suena cuando la niña, muchacha o mujer se planta en escena con sus delicados atributos femeniles. Esencialmente destilada. Vagamente nos recuerda a León Felipe cuando nos pide un imposible: llegar a la poesía pura eliminando del poema los caireles de la rima, el metro, la cadencia y hasta la idea misma. Claro está que el novel poeta, deshaciéndose de la letra y vaciando la música, sobrepasa al vate vetusto.

Ahora hablemos de otro poeta, tan enamorado de su oficio, que rinde homenaje a otros escritores mediante la ingeniosa técnica de la enumeración de su vida, obra y milagros.

Los tercetos de Dante, las batallas de Homero,  
las islas del tesoro, el amor, hasta la castración, de Abelardo y  
Eloísa,  
la odisea de Joyce, los salones de Proust, el tiro entre las cejas  
de Céline, (...)

Esta clase de poesía podríamos llamarla participativa, pues cualquier lector, sin nada más que acudir a una biblioteca, puede ayudar al autor a completar su hermosa obra. Así, vertiendo del vaso propio, podríamos escribir:

La colmena de Cela, historia de una escalera de Buero Vallejo,  
Los santos inocentes de Miguel Delibes, Tiempo de silencio de  
Martín Santos ...

Y para mostrar que también conocemos a escritores extranjeros se puede añadir algunos nombres chinos, japoneses o coreanos. Por supuesto, de esos que no conoce nadie salvo “los que están en el ajo”.

“Catorce autores dicen que es poema ...”. Querido lector, lleva tú la cuenta, es posible que, llevado del entusiasmo a su elogio a la literatura, me haya sobrepasado de ese límite que apuraba y sobrecogía a Lope de Vega.

### 3

Y ahora nos toca ver a uno de los mejores poetas de nuestros días, paisano mío, y por ello digno de ser tratado con la mayor consideración al compartir el terruño donde el destino y el sexo nos ha hecho venir a este mundo. Veamos este profundo poema en el cual la brevedad dobla la profundidad:

Hay tres ordenadores  
uno por cada miembro de la familia  
nos hemos independizado  
  
compartimos la conectividad  
y una tostadora.

El ordenador rompe – es verdad - la unidad de la familia, a pesar de ese cordón umbilical que es, a falta de “guaifai”, el cable (dado que hay tres pantallas se deduce que el matrimonio tiene un sólo hijo). Sin embargo, como contraste a su aislamiento, comparten la “tostadora”. Debemos tener presente que la raíz de “compañero” es “pan”, el que parte y comparte el “pan”. Esta observación etimológica nos llevaría muy lejos hasta las hogazas de los fogones del hogar. Pero dejemos aquí, como la aventura del vizcaíno en el Quijote, las espadas en alto para pasar a otro poema:

Sin casa  
sin trabajo  
sin libertad  
  
sin amor

Es una lástima que un autor de talento haya necesitado plagiar a los mendigos de la calle con el salvavidas de sus carteles: “no tengo casa ni trabajo”. Ahora bien, este pecado se corrige en los dos versos siguientes y, especialmente, con los últimos que rematan el poema:

Hay (b) vidas  
con auténtico sabor

El juego de palabras es bastante original. La b entre paréntesis nos da “be-vidas” o “be-bidas”, lo cual explica el sabor, aunque no se entiende muy bien qué paladar se deleita con llevar una vida de perro sin casa ni trabajo ni libertad ni amor.

El autor, como Mr. Jourdain, habla en prosa sin saberlo, aunque añade unas cuantas gotas poéticas para dar un cierto lirismo a los poemas. Allá va un verso:

Estuve ayer por la mañana en el Parque Grande de Zaragoza, ya sabes, ese oasis que a alguien se le ocurrió poner en medio de la luna.

Y bien, ya sabemos que el poeta estuvo en ese parque que hoy lleva el nombre de cierto cantautor aragonés. Él mismo nos lo ha dicho. Ahora, tal parque, junto a extensos pinares, tiene de oasis como ... ¡Anda, que no hay otros más adecuados en la ciudad donde el río discurre despacio para no despertar a la virgen del Pilar! Pero dejemos las comparaciones, siempre odiosas. Podría haber dicho que los “parques son oasis en medio de la ciudad”, pero eso sería degradar la poesía en una vulgar greguería. Por otro lado, creo que la luna está ya cansada de que la llamen para que se haga presente, incluso de madrugada, en cualquier poema.

El poeta se sienta en una terraza soleada – la luna no había salido – y hace lo mismo que hacen quienes no son poetas:

Pedí agua con gas y aceitunas rellenas, rellenas de algo misterioso.

La mención a ese relleno misterioso de las aceitunas (¿anchoas? ¿pimientos?) es un misterio para el lector que no se interesa por el picoteo de los poetas. Tal vez, quizás, puede ser,

quién sabe, en vez de aceitunas le sirvieron caracoles de esos cuya carne babosa se extrae con un palillo. Dejemos aquí al Parque Grande, junto a la Casa Grande, en este poema Grande.

Pablo Galindo Arlés

3 de abril de 2024